

8. Nietzsche y Kant desde el punto de vista de los principios

Kant es el primer filósofo que entendió la exigencia de la crítica de ser total y positiva en tanto que crítica: total porque «no se le debe escapar nada»; positiva, afirmativa, porque no restringe el poder de conocer sin liberar otros poderes hasta entonces descuidados. Pero, ¿cuáles son los resultados de un proyecto tan vasto? ¿Cree el lector seriamente que, en *La crítica de la razón pura*, «la victoria de Kant sobre el dogmatismo de los teólogos (Dios, alma, libertad, inmortalidad) haya alcanzado al ideal correspondiente, e incluso, puede pensarse que Kant tuviera intención de alcanzarlo?»¹ En cuanto a la *Crítica de la razón práctica*, ¿no confiesa el mismo Kant, desde las primeras páginas, que no es en absoluto una crítica? Parece que Kant haya confundido la positividad de una crítica con un humilde reconocimiento de los derechos de lo criticado. Nunca se ha visto una crítica total tan conciliadora, ni un crítico tan respetuoso. Y esta oposición entre el proyecto y los resultados (y aún más entre el proyecto general y las intenciones particulares) se explica fácilmente. Kant no ha hecho más que llevar hasta el final una vieja concepción de la crítica. Ha concebido la crítica como una fuerza que debía llevar por encima de cualquier otra pretensión al conocimiento y a la verdad, pero no por encima del propio conocimiento, no por encima de la propia verdad. Como una fuerza que debía llevar por encima de las demás pretensiones a la moralidad, pero no por encima de la propia moral. A partir de aquí, la crítica total se convierte en política de compromiso: antes de ir a la guerra, se reparten las esferas de influencia. Se distinguen tres ideales: ¿qué puedo saber? ¿qué debo hacer? ¿qué puedo esperar? Se las limita respectivamente, se denuncian los malos usos y las usurpaciones, pero el carácter incriticable de cada ideal permanece en el centro del kantismo, como el gusano en la fruta: el verdadero conocimiento, la verdadera moral, la verdadera religión. Lo que

1. *GM*, III, 25

Kant, en su lenguaje, llama un hecho: el hecho de la moral, el hecho del conocimiento... El placer kantiano por delimitar los dominios aparece al fin libremente, jugando sólo en la *Crítica del juicio*; en ella aprendemos lo que ya sabíamos desde el principio: la crítica de Kant no tiene otro objeto que el de justificar, empieza por creer en lo que critica.

¿Es ésta la gran política anunciada? Nietzsche comprueba que aún no ha habido «gran política». La crítica no es nada y no dice nada, mientras se contente con decir: la verdadera moral se burla de la moral. La crítica no habrá hecho nada mientras no haya alcanzado a la propia verdad, al verdadero conocimiento, a la auténtica moral, a la verdadera religión². Siempre que Nietzsche denuncia la virtud, lo que denuncia no son las falsas virtudes, ni los que se sirven de la virtud como de una máscara. Es la propia virtud en sí misma, es decir: la pequeñez de la verdadera virtud, la increíble mediocridad de la verdadera moral, la bajeza de sus auténticos valores. «Zarathustra no deja en esto lugar a dudas: dice que es el conocimiento de los hombres buenos, de los mejores, el que le ha inspirado el terror por el hombre; y es por esta repulsión que le nacieron alas»³. Mientras critiquemos la falsa moral o la falsa religión, seremos sólo pobres críticos, la oposición de su majestad, tristes apologistas. Es una crítica de juez de paz. Criticamos a los pretendientes, condenamos las usurpaciones de dominios, pero los propios dominios nos parecen sagrados. Sucede lo mismo con el conocimiento: una crítica digna de este nombre no debe dirigirse al pseudo-conocimiento de lo incognoscible, sino en primer lugar al verdadero conocimiento de lo que puede ser conocido⁴. Por eso Nietzsche, en este campo como en los de-

2. GS, 345: «Los más sutiles muestran y critican lo que puede haber de loco en las ideas que un pueblo se hace sobre su moral, o que los hombres se hacen sobre cualquier moral humana, sobre el origen de esta moral, su sanción religiosa, el prejuicio del libre albedrío, etc., y se creen que a partir de este hecho han criticado la propia moral».

3. EH, IV, 5.

4. VP, I, 189.

5. VP, II, 550.

más, cree haber hallado el único principio posible para una crítica total en lo que denomina su «perspectivismo». No existe ni el hecho ni el fenómeno moral, sino una interpretación moral de los fenómenos⁵. No hay ilusiones del conocimiento, sino que el propio conocimiento es una ilusión: el conocimiento es un error, aún peor, una falsificación⁶. (Nietzsche debe esta última proposición a Schopenhauer. Así interpretaba Schopenhauer el kantismo, transformándolo radicalmente, en un sentido opuesto al de los dialécticos. Schopenhauer, pues, supo preparar el principio de la crítica: tropezó con la moral, su punto débil).

9. Realización de la crítica

El genio de Kant, en *La crítica de la razón pura*, fue el de concebir una crítica inmanente. La crítica no debía ser una crítica de la razón por el sentimiento, por la experiencia, por una instancia exterior cualquiera que sea. Y lo criticado no era tampoco exterior a la razón: no había que buscar en la razón errores provenientes de otra parte, cuerpos, sentidos o pasiones, sino ilusiones procedentes de la razón como tal. Y, atrapado entre estas dos exigencias, Kant concluyó que la crítica debía ser una crítica de la razón por la propia razón. ¿No es la contradicción kantiana? hacer de la razón el tribunal y el acusado a la vez, constituir la como juez y parte, juzgante y juzgada¹. A Kant le faltaba un método que le permitiese juzgar la razón desde dentro, sin confiarle por ello el cuidado de ser juez de sí misma. Y de hecho, Kant no realiza su proyecto de crítica inmanente. La filosofía trascendental descubre condiciones que permanecen aún exteriores a lo condicionado. Los principios trascendentales son principios de condicionamiento, no de génesis interna. Exigimos una génesis de la propia razón, y también una génesis del entendimiento y de sus categorías: ¿cuáles son las fuerzas de la razón y del entendimien-

6. *VP*, I y II (cf. el conocimiento definido como «error que se convierte en orgánico y organizado»).

1. *VP*, I, 185